



# EL DESCANSO

**N**ADA más entrar en el patio le envolvió un olor a lejía, apenas un resto de olor casi dulce que se desprendía de la ropa tendida. Se agachó para no rozar con la cabeza

los trapos colgados de los cuatro hilos de alambre que, invisibles ahora, se extendían desde las paredes formando una cruz en el centro del patio. En la oscuridad, el olor era algo vivo, táctil, en aquellas cabezotas rígidas, blanquecinas, que flotaban, heladas, a casi dos metros del suelo. Excepto la puerta del retrete común que alguien había dejado abierta, las otras cuatro puertas que daban al patio estaban cerradas. Terio se acercó a la B. Desde las del fondo —la A y la D— llegaba una murguilla metálica, laminada, ramplona. A través de las juntas de alguna ventana se escapaba una raya de luz. Vio las macetas de barro y los botes de conserva, llenos de tierra, que Carmen, su mujer, había dejado en el alféizar junto a una botellas vacías. Cuando se

có la mano, notó de nuevo el frío, un pinchazo en la punta de los dedos. No dio más que un golpe con los nudillos, un roce leve, apagado. Oyó dentro la voz de Carmina:

—Es padre.

Pero no abrió Carmina, sino Terio, el hijo mayor, quince años ya; un cuello largo, seco y tenso, estrido de tendones; dos semicírculos violáceos bajo los ojos amarillentos. El chico no se movió de la silla, no tuvo más que alargar el brazo y, sin dejar el libro que estaba leyendo, levantar la mano hasta el pestillo. Terio pudo ver la muñeca huesuda, feble, saliéndole de la bocamanga del uniforme.

—Es padre —repitió Carmina—. Ya está aquí, madre, prepara el agua.

Terio la besó antes de quitarse la gabardina, besó aquel carrillo blancusco, terso y tibio que se levantaba hacia él. Tuvo que inclinarse un poco sobre la mesa, en la que ella había dejado, abierto, un cuaderno. A Terio no le besó. No le besaba ya al regresar a

casa. Tampoco besaba a Luis, el segundo, aunque este no hubiera cumplido todavía los trece. Se frotó los nudillos, y después, lentamente, una a una, las yemas de los dedos, unas yemas anchas y planas, manchadas de nicotina y películas de grasa.

—¿Qué hay? —dijo. Colgó la gabardina en la percha que había detrás de la puerta—. ¿Qué hacéis? ¿Todavía no ha vuelto Luis?

Al otro lado de la cortina, Carmen escarbaba el fogón con un gancho.

La oyó rezongar a media voz. No levantó la cortina, se sentó entre Terio y la niña, junto al pequeño armario que ocupaba el rincón.

—¿Has hecho las cuentas? —preguntó.

—Sí —dijo Carmina—. Todas; ya las tengo hechas para el lunes.

—A ver, vamos a ver.

Carmen todavía tardó diez minutos en aparecer con el barreño, que despedía un chorro de vapor.

—Ten cuidado. Está pelando.

—¿Has echado sal?

—Sí, ya tiene.

Se quitó las botas, tardó en deshacer los nudos de los cordones, los dedos todavía agarrotados por el frío. Carmen esperó ante él, tomó los calcetines y volvió a entrar en la cocina.

—Es lo mejor del sábado —dijo Terio. El vaho subía en espirales espesas, compactas; se le pegó la piel de la cara y le tapó los orificios de la nariz, impidiéndole respirar—. Lo mejor que hay —veía sus propios pies en el agua, dilatados, desparramados, enormes—. Cuanta más sal tenga, mejor; la sal lo mata todo —metió también las manos en el agua—. En cinco minutos te deja como nuevo, te lavas los pies, te aflojas la correa y eres otro.

Carmen había vuelto a levantar la cortina:

—¿Me das eso?

Terio se levantó sin sacar los pies del barreño, se secó las manos con el delantal que ella había dejado en el suelo, buscó un instante en el bolsillo del pantalón y sacó un sobre azul.





ramitas de romero, un banderín de portivo, una galta de trapo. A la derecha, un estante con tazas y platos. Una fotografía de Carmen; una sonrisa tierna, cohibida; la tapia del Retiro al fondo. En el otro extremo de la pared, un grabado con un Ángel de la Guarda.

El cansancio se le deshacía en los pies, m'entras alargaba la mano hasta la cabeza de la niña y le pasaba los dedos por el pelo.

—¿Has terminado de verdad?

—Sí; hoy no eran difíciles.

—¿No tienes sueño?

—Antes tenemos que cenar, ¿no?

Carmen seguía sonriendo desde la amarillenta cartulina, sin mirarle en ningún momento, desconocida: una fotografía de cinco pesetas; tres, doce pesetas, revelado al minuto, garantizado el parecido. Una Carmen de ojos asombrados, recién llegada a Madrid, apenas terminada la guerra civil. Los barros de la tapia, unos árboles frondosos, la nuca y la cofia de una niña que pasa de espaldas al objetivo. Una muchachita apesada en el cartón, de sonrisa inmóvil, pelo negro y brillante que le cae sobre el hombro; pómulos frescos y limpios. Ahí está Carmen veinte años más joven, y la mujer que acaba de salir con un sobre azul entre las manos es una mujer distinta, no más vieja, sino distinta: otra sangre, algo irreparablemente ido, como si entre las dos mujeres no hubiera solamente veinte años de distancia, sino algo más, interpuesto entre ambas, algo más oscuro, más pesado que el tiempo, una carga que abre los huesos de los pies y quemá las pestañas.

Sacó el pie izquierdo y empezó a secarse. Ahora le debía haber sonreído al firmar antes de recoger el sobre. «Cuenta, cuenta ustedes», había dicho el contable. «Gracias». Todo estaba bien. Había contado lentamente las beses, los puntos, las horas, toda la paciencia de ella, el entrar en el mercado con un duro, los huevos de cámara, el aceite de soja y las cestas de fruta pasada.

Volvió a mirar a Carmen; el pelo suelto, negro, definitivamente joven en un trozo de papel. Cuando terminó de secarse abrió el armario y sacó el tazon con el jabón, la brocha y la maquinilla. Entró en la cocina y llenó de agua el tazon, que puso después sobre la mesa. Cuando se enjabonaba, regresó Carmen:

—A estas horas, los sábados no hay quien vaya. Todas chillamos, todas queremos ser las primeras.

Luis llegó a las diez. Para empezar a cenar tuvieron que separar la mesa del mueble cama, al que estaba adosada. Una mesa baja, de patas negras, con tablero de un metro cuadrado cubierto por un trozo de hule. Carmen dejó los platos sobre el tablero, y volvió a la cocina.

—¿Te ayudo? —bromeó Luis, siguiéndola. Se había quitado ya la chaquetilla blanca—. Esto se me da fenómeno—. Tenía los incisivos separados y amarillentos, unas orejas grandes, despegadas.

—Sal de aquí —gruñó ella—. No me estorbes, que no puedo hacer nada. Anda a tu sitio; aquí no cabemos dos; sal de aquí, venga.

—En cuanto termine, vieja. Me estoy lavando las manos.

—Anda, anda.

Luis se sentó a la derecha de Terio.

—¿Mucho trabajo?— preguntó este.

Luis hizo un gesto con los hombros.

—¿Qué va a tener trabajo!— dijo Terio.

—¿No es trabajo?— gruñó Luis—. He venido a las diez, muchacho. Desde las siete he repartido veinte tartas. Tres en Velázquez, dos en Diego de León, una en Fortuny. Los botones sois los que no dais golpe, muchacho.

—¿Quién quiere más sopa?— dijo Carmen, levantando la cortina y asomando la cabeza; un mechón de pelo se le escapaba del moño.

—Nadie— dijo Luis.

—Por tu parte, niño —aclaró Terio—. Di por tu parte. Si tú te hinchas de pasteles, los demás estamos aquí esperando desde las ocho.

—Bueno, olvidame. Si te callas, o'go la radio.

En cuanto terminaron de cenar, Carmen se puso a fregar los platos; el agua se estrellaba contra la piletta, salpicaba la pared y la cortina. Terio había encendido un cigarro, dejaba escapar el humo lentamente.

—Cabalgata— dijo Terio de pronto, y se puso a manipular otra vez en la radio.

—Vente para acá —levantó la voz Terio—. Deja eso.

—En seguida acabo —contestó ella—. Lo oigo todo desde aquí.

Pero tardó aún media hora en levantar la cortina y asomar la cabeza. Las manos, hinchadas, rojizas, despedían un áspero olor a lejía.

—¿Por qué no vienes?

—Si estoy aquí —sonrió ella—. Lo oigo mejor que vosotros. Me falta la camisa de Luis, nada más plancharla un poco. Carmina, acuéstate.

—No —dijo la niña—. Quiero estar con todos.

—Acuéstate, chica— dijo Terio.

—Tú no mandas.

Terio encendió otro cigarro. A ratos alcanzaba a oír el chasquido de la plancha sobre la tela húmeda de la camisa de Luis.

—Venga, siéntate un rato de una vez; estás poniéndome nervioso.

—No te enfades —salió al fin con una banqueta y se puso al lado de Luis, que tuvo que echar su silla hacia la izquierda—. Prefiero hacerlo ahora. Mañana me sabe peor.

Terio soltó el humo con un escupitajo. La había visto saltar de la cama, silenciosa y leve, como una sombra blanca, minúscula, dentro del camisón, transparente a fuerza de lavaduras; la había visto escurrirse entre la cama y la cuna abierta de Carmina, correr con cuidado la cortina de la habitación, una cortina un poco mayor que la de la cocina, de la misma cretona, desfleada en el borde inferior; bordear de espalda a la pared el mueble cama que, extendido, llegaba hasta la puerta, y en el que Terio y Lu's dormían el sueño profundo de la madrugada del domingo; la había visto, por último, desaparecer tras la otra cortina, lejana, como si desde la cama hasta el fogón hubiera tenido que recorrer, no cuatro metros escasos, sino millones de segundos, un tiempo interminable en la oscuridad. Adormilado todavía entre el calor de las mantas, Terio había oído el débil trasteo de ella en la cocina, el

gancho escarbando las escorias, un chorro apenas audible, dulce y lento, llenando la olla, el roce de las tazas sobre las baldosas del fogón. Cuando se despertaba Carmina y se bajaba de la cuna, demasiado pequeña ya para ella, el olor de la malta llenaba la casa. Carmen, entonces, hacía levantarse a Terio, y Luis recogía el mueble cama para poder abrir la puerta, y llevaba los orinales al retrete, atravesando todo el patio de puntillas, como un pájaro, cubierta con el viejo albornoz, por el que asomaba, deshilachado, el camisón, que se quitaría más tarde, cuando lograra que se fueran todos a pasear hasta la hora de comer.

—Me cuesta más por la mañana— repitió Carmen.

No contestó. El frío que empezaba a sentir en las puntas de los pies, embudidos ahora en unas viejas alpargatas de suela de goma le hizo pisotear con fuerza los baldosines. Carmina, apoyada en su rodilla derecha, levantó la cabeza y abrió unos ojos húmedos, parpadantes, cargados de sueño.

Luis dio un golpe en la mesa:

—Nada de eso, muñeco —dijo—.

—¿Qué te apuestas?

—Doble contra sencillo— repitió Terio.

—¿Doble contra sencillo? Hecho. Pero no te rajes, ¿eh?

—Yo no me rajo.

—Bueno, luego no me vengas llorando.

—Ya sabes tú que yo no lloro, muchacho. Eso tú, acuéstate la Liga pasada.

—¿Qué apostá's?— preguntó Carmen.

—Nada; ésto, que se cree que los partidos se ganan con la boca— dijo Luis.

—Eso, tú, muchacho— intervino Terio.

Escuchaba, sin oírlo, el parloteo de los chicos. Había sonreído al firmar, había enseñado los dientes; todo está bien, muchas gracias, una sonrisa de agradecimiento, cómo no, agradecer lo que venía en el sobre: el frío de las tardes, los pequeños surcos de la frente de ella, la espera de los sábados para pedirle las bases y salir corriendo a pagar a Frollán; los montones preparados para el lunes; esto para la panadería, esto para la tienda, esto para la carbonería, sabiendo que el miércoles, a lo sumo el jueves, habrá que volver a lo mismo: apúnteme esto, ¿cuánto es ya?, no sé dónde vamos a parar, ¿no te has equivocado? Pues aunque ahora Terio gana quinientas al mes y Luis setenta y cinco a la semana, todo es poco, y saca fuercas todavía, no sabe uno de dónde, para acariar con las palabras: «No te preocupes, Terio, chico. Hemos estado peor, tú lo sabes. Los chicos van para arriba. Luis a veces trae otro jornal en propinas. A Terio le quieren en el Banco. Dentro de dos años será auxiliar, si se aplica.»

Con las manos de su hija entre sus manos, percibiendo en la piel no cubierta por la ropa el calor directo, suave, del cuerpecillo de la niña, Terio seguía mirando la nuca de Carmen, el flequillo desprendido del moño, los hombros estrechos cubiertos con un chal.

Un aluvión de publicidad caía sobre ellos desde la radio.

Los pies, irreme-

**SIGUE**

## Por Nino QUEVEDO

—Toma.

Carmen alargó la mano. Tenía unos ojos cansados, de párpados nerviosos y suaves. Un reborde de pestañas cortas, escasas.

—¿Voy contigo?— preguntó Carmina.

—No —dijo Carmen—. Vuelvo en seguida. En un abrir y cerrar de ojos estoy aquí.

Terio tuvo que sacar los pies y correr el barreño para que ella pudiera abrir la puerta y salir. Un trallazo de aire helado se coló dentro.

—Cierra, tú, jopelines, cierra— gruñó Terio, levantando por primera vez la cabeza.

—¿No te cansas de tanto F. B. I.? —dijo Terio—. Estoy harto de verte siempre igual.

El chico cerró la novela con un gesto rápido, irritado, y se puso a hurgar en la radio, de codos sobre el borde del mueble cama.

Terio volvió a meter los pies en el barreño. Lió un cigarro y comenzó a fumar. De la pared, sobre los chafarrinones de la humedad, colgaban unas



# EL DESCANSO

diablenamente fríos, le parecían dos cuajarones de hielo dentro de las alparjatas.

—¿Por qué no te vas a la cama, Carmina?

La llevó él mismo en brazos. Alzó la cortina y la dejó en el borde de la cuna.

—Hala, desnúdate, que yo me acuesto en seguida.

—Todos a la cama—dijo Carmen.

—Yo, ya sabes... —insinuó Terín, sonriendo—. Un poquito...

—Se gasta luz.

—Solo diez paginitas, hasta el capítulo ocho; voy por el seis.

—Bueno, venga, venga, a ver, levántaros de una vez, que voy a prepararos esto.

—Espera, no lo abras todavía —dijo Luis—. Tengo que salir un momento.

Terín salió cuando regresó Luis. El patio seguía desierto. Cruzó a paso rápido, arrastrando las alpargatas sobre la superficie de cemento. Cuando volvió, preguntó antes de cerrar la puerta:

—¿Va a salir alguien más?

No corrió el cerrojo. Echó el pestillo, simplemente. Después dijo:

—Buenas noches, muchachos; yo no aguanto más.

Se sentó en el borde de la cama. En la cuna, oscuro, abultado, el cuerpo encogido de Carmina bajo las mantas era una prominencia inmóvil, silenciosa. Al otro lado de la cortina, Carmen, ayudada por Terín, desarmaba y extendía el mueble cama. Encendió un cigarrillo, el último de la jornada. Con la primera chupada empezó a desnudarse. Lo hizo de prisa y se metió en la cama. Acostado ya, siguió fumando lentamente. La sombra de Carmen, de vez en cuando, se dibujaba sobre la pared, en el breve rectángulo de luz que dejaba pasar la cortina.

—Cúbrete el hígado —dijo Luis al otro lado—. Cúbrete, que te doy.

—Vamos, pira —contestó Terín—. ¿Tú a mí? Tienes que comer tú muchos chuscos.

Boxeaban de rodillas sobre el colchón, riendo, señalando los golpes con la mano abierta.

—No son horas —grufó Carmen—. Estaros quietos.

Terín apretó la colilla contra el suelo. Cruzó las manos bajo la nuca. En la cocina, el grifo estuvo un rato abierto todavía. Terín y Luis se acostaban; oyó el golpe de las hebillas al caer al suelo; uno de los zapatos de Terín chocó contra la pata de una silla.

—A ver si apagas pronto —dijo Luis—. que yo trabajo mañana.

—Las pías más que siete viejas.

—Es que te conozco, nene.

Terín cerró los ojos. No tuvo que abrirlos para saber que ella había levantado la cortina y entrado. No hubo roce, ni siquiera el chasquido de una anilla sobre la barra hueca; apenas un leve movimiento del aire. La oyó buscar algo en el baúl que había a los pies de la cuna.

—Es tarde —dijo Terín—. ¿No te a'uestas?

—Sí —contestó Carmen a media voz. Se acercó a la cortina y sacó solamente la mano—. Ahí tenéis la muda. Apagar.

—Ahora—contestó Terín.

Cuando ella volvió hacia la cama, sacándose el vestido por la cabeza, Terín pudo ver el cuello ahilado, los hombros huesudos y lisos. Carmen metió la mano bajo la almohada y sacó el camisón, pero antes de ponerse se inclinó sobre la cuna y arregló el embozo. Después se volvió de cara a

la pared, doblándose un poco sobre sí misma, y se metió el camisón antes de bajarse la enagua y quitársela por las piernas. Terín oyó el ligero quejido de los muelles: el colchón se hundió levemente a su derecha, y en seguida notó los pies de ella, como dos trozos de vidrio helado, clavándose en sus propios pies.

—Déjame —susurró Carmen—. ¡Qué caliente está! ¡Déjame un poquito!

El tuvo que hacer un esfuerzo para no retirar el pie.

—Tendré que terminar por traerme una botella de agua caliente—dijo Carmen.

Al otro lado de la cortina, con la cabeza metida bajo las sábanas, Luis refunfuñó:

—¿Quieres apagar de una vez?

—Yo a ti no te estorbo, muchacho. Ahora mismo apago —contestó Terín—. Tú duérmete y deja en paz a los demás.

—Lo mismo te digo, conque apaga.

Carmen se incorporó sobre la cama; alargó el cuello hacia la cortina:

—Terín, apaga ya.

La luz se desvaneció instantáneamente.

—¿Estás a gusto ya?

En el silencio que siguió, ninguno de los dos se movió, vencidos por el peso del día. El batir del despertador llenaba la oscuridad. Carmina, a veces, rebullía en la cuna, separada de ellos por un brazo escaso.

—Me preocupa el mayor —habló con voz ya torpe de sueño, pesada y gangosa—. El pequeño me preocupa menos; no sé por qué—se quedó callada.

Terín percibió su respiración lenta, apagada.

—Estate quieto —dijo Luis de pronto—. No haces más que dar vueltas. Me entra el aire hasta los pies.

Terín no contestó. En la calle, alguien llamaba a gritos al sereno, sin dejar de dar palmadas. Una mujer dejó en el patio un cubo de basura. Después cerró de un portazo y dio dos vueltas de llave.

—Quería haberle comprado unos zapatos este mes.

Le sobresaltó oír de nuevo. Extendió la mano y le rozó la cara:

—Deja de pensar en eso.

Carmen no contestó. Él, de pronto, sintió como una quemadura el sueño y el cansancio de ella, la necesidad marcándole la frente y los párpados, la angustia de cada mañana en sus vueltas ante los cajones del mercado. Dejó caer la mano hasta su cuello. Notó cómo toda ella se contraía:

—No, no, déjame.

—Anda—dijo él.

—No, Terín —susurró ella—. Están despiertos.

—No es nada —bromeó en un hilo de voz—. No vamos a hacer nada.

—Nos están oyendo, Terín, no hables tan alto.

Se quedaron rígidos, tensos. Todo el escozor del día se le deshizo en la boca. Tuvo ganas de escupir y blasfemar al mismo tiempo. Se dio media vuelta con brusquedad hacia el rincón. Ella le siguió suavemente, dulcemente:

—No te pongas así, Terín, no he querido enfadarte. Anda, si tú quieres; ten cuidado. Se dan cuenta de todo. Terín, chico, no te enfades; encima de lo uno, lo otro.

El sentía el calor del pobre cuerpo liso, pegado a su espalda, inerte y sumiso en la oscuridad. Dejó pasar unos minutos sin moverse. Ella volvía a hablar con aquel tono lejano, gangoso, como de borracha:

—Toda la vida igual, Terín.

El no contestó, no se movió todavía, de cara a la pared, notando en los dedos la humedad de los desconchones. Desde el mueble cama, al otro lado de la cortina, llegaba el ronquido de Luis, un silbido áspero y astillado por las vegetaciones. Carmina, de pronto, tosió una sola vez: una especie de gritito, y en seguida, silencio. Terín se volvió poco a poco hacia Carmen. No habló; levantó la mano hacia el pelo, pero no llegó a tocarlo. Por la respiración de ella, supo que se había dor-

mido: de golpe, como herida en la nuca. No acarició el brazo entrelazado al suyo. Se quedó inmóvil, boca abajo, como herido él mismo, levantando los ojos hacia la cabecera.

Terín se revolvió en el mueble cama; el ronquido de Luis cesó un momento para continuar como antes.

Terín fue dejando caer la cabeza lentamente. Cuando notó la almohada en la boca, la mordió una sola vez, con ferocidad, como si fuera un objeto humano.

FIN

